

reservado soliloquio, la indagación sobre sí, sobre su voz: «Sentado dentro de mi voz, a mi sombra, asisto al vidrioso canto que rejuvenecen los siglos». El yo, «ofrenda» y legado «de lo alto», rompe la cárcel de «estos hierros», y aspira a condensar en su voz todo el pasado: «Nada espero, aquí dentro, que no venga de mí, nada que no haya sido mío antes de tenerlo. Soy ante mí toda mi vida». En la siguiente sección, titulada «Desastres», una nota en el título «Con música de Manuel Hidalgo», alerta al lector del ritmo musical de las prosas que se suceden, persistiendo en el tono íntimo y cuasi-filosófico de su reflexión.

Como ya anticipamos, el libro se cierra con «El secreto de las sirenas», un libreto dramático que recupera en un ritmo dialógico las mismas preguntas que asedian al yo poético desde el principio. La simbología clásica es retomada como recurso mítico para cantar una pérdida (la de Perséfone raptada por un coro de sombras, la de las Sirenas derrotadas por Orfeo suicidándose en el mar) y una recomposición de un nuevo orden: «El sepulcro de las Sirenas se convierte en la primera edificación de una Nueva Ciudad o forma de convivencia, a la luz de la hospitalidad y el regreso».

Este libro de Marset parece inscribirse deliberadamente en una genealogía poética dominada por el impulso poético simbólico y estetizante, que busca difuminar los referentes precisos y verificables, para provocar un fuerte efecto lírico, de densidad reflexiva y filosófica. Su recuperación del locus temático de la ciudad no funda sin embargo un sujeto urbano, tal como lo vemos en muchos poetas de los 80 en adelante, atentos a la materialidad e historicidad, a menudo autobiográfica, del imaginario urbano contemporáneo. Su ciudad es una refundición mítica de un espacio ancestral, donde el yo posiciona sus interrogantes esenciales: la voz, el origen, la memoria, la búsqueda intemporal, el misterio. Cabe destacar la notable maestría de esta voz poética que reformula al filo del milenio la poesía como cántico, la palabra como símbolo, la indagación en el ser como poética de autoconocimiento, tan luminosa como penetrante.

CONICET - Universidad Nacional de Mar de Plata

LAURA SCARANO

Antonio Colinas, *Nuevo tratado de armonía*. Barcelona, Tusquets, 1999, 98 pp.

Al publicar *Tratado de armonía* (Tusquets, 1991), el conocido poeta leonés Antonio Colinas reconoce que no sabe cómo designar estos escritos ni a qué género pertenecen: «No creo... que se pueda hablar de «pensamientos» al enjuiciar el género de este libro. ¿Aforismos, reflexiones, impresiones, contemplaciones? Acaso me decidiría por este último significado...» (9). Lo que sí los une es una búsqueda espiritual por la armonía, una resolución dialéctica del contraste de opuestos. Este libro consta de una serie de observaciones, presentadas sin pretensión de sistema o cro-

nología, la mayor parte de ellas cortas (variando de dos o tres líneas a dos o tres páginas). Al final se incluye un apartado, constituyendo una cuarta parte del conjunto, el cual consta de unas reflexiones sobre el misticismo español en conmemoración del 400 aniversario de la muerte de san Juan de la Cruz.

Dado la brevedad de cada «contemplación», estos escritos invitan al lector a leer despacio y a saborear tanto intelectual como poéticamente los momentos presentados. Tampoco es necesario seguir una lectura lineal, sino que uno puede abrir el libro al azar, leer una sección y luego ponerse a meditar y profundizar o llevar más allá los temas presentados. Así, estas reflexiones o contemplaciones sirven para detener o por lo menos impedir un poco el ritmo acelerado de la vida cotidiana y prosaica.

El *Nuevo tratado de armonía* de que trata esta reseña, es una continuación y redondeamiento del libro anterior. Es más breve que su predecesor y está estructurado de otra manera. Y aunque adolece de ciertos defectos ya evidentes en el *Tratado de armonía*, el autor ha tomado una nueva dirección que me parece mucho más eficaz e intrigante. Uno de los defectos principales se manifiesta un par de veces en este libro: una declaración demasiado sentenciosa que no le da espacio al lector a formar su propia opinión o descubrir su propia perspectiva. Por ejemplo, el autor describe una «lucha» entre un almendro y otra planta (llamada popularmente «mata») y en la que personalmente ha intervenido. Cito:

Desde hace tiempo, el almendro venía sosteniendo una lucha tenaz con una vigorosa y estéril planta que aquí llaman «mata». A ésta la he podado, la he golpeado, la he quemado, pero al final la victoria ha sido suya y el almendro muere. No alzaré nunca más el almendro su hoguera florida en primavera, entre el verdor. (32)

Además aduce una lucha entre parras y sabinas, las dos ejemplos sirviendo para demostrar «la eterna dualidad» entre el bien y el mal. Sin embargo, a mi parecer Colinas ha socavado la magnífica imagen de la «hoguera florida en primavera» del almendro al final al sugerir una alegoría demasiado unívoca y obvia cuando dice, «Las plantas del valle luchan constantemente por defender su espacio, por instaurar su propia armonía. ¿Cómo los seres humanos?» (32; subrayado mío). La pregunta retórica al final efectivamente se convierte en una declaración sentenciosa que mejor se hubiera suprimido. Además, precluye una consideración del que ha terciado como intermediario en esta lucha. De igual forma, el autor cae en una observación trillada y superficial cuando comenta los trastornos de las estaciones que todos hemos experimentado y lamentado. En vez de sugerir nuevas perspectivas sobre el tema, recalca banalmente en eso de «¿Adónde nos conducirán estos trastornos climáticos?» (51).

En contraste, hay una secuencia sumamente intrigante unida por la

imagen del pozo (págs. 54-55) donde el autor deja abierto el significado de este símbolo y así nos alienta a descubrir varias facetas y matices de él. También es capaz de captar una idea compleja y sugerente en un aforismo o unas líneas comprimidas: «La muerte siempre suele acabar llegando a causa de la ausencia del amor» (50) o «Estar sentado frente a un muro de dolor y, sin embargo, saber que lloramos de alegría» (66).

Por eso impresionan mucho más los tres últimos apartados del libro, titulados «Páginas del icono», «Los caminos del tiempo» y «En las noches azules». Aquí podemos apreciar mucho más profundamente la habilidad poética del autor puesto que estos apartados pueden considerarse poemas en prosa. Estos sí que se prestan a una lectura y contemplación detenida y contemplativa que querremos repetir e indagar cada vez más. Estas son las mejores páginas del *Tratado* y *Nuevo tratado de armonía* precisamente porque se plantea la paradoja de «la eterna dualidad», la lucha entre opuestos, en vez de tratar de imponer una resolución superficial, trillada o falsa a un estado existencial siempre en proceso.

Skidmore College

W. MICHAEL MUDROVIC